

INVERSIONES

INVASIÓN Y CONQUISTA

ALGUIEN diría que, por fortuna, no todos los problemas graves y apremiantes de México son políticos; pero no pocos de los económicos tienen su cola política, que puede convertirlos en políticos, doblándose así su gravedad y su urgencia. Esto viene ocurriendo con la llamada inversión de capital extranjero, que debería nombrarse invasión y conquista extranjera de la economía y la sociedad mexicanas.

UNA situación similar se produjo en el Porfiriato, especialmente de 1890 a 1910. Hubo entonces un alud de inversiones extranjeras que por lo pronto se apoderaron de los sectores vitales del país: deuda pública, nuevas industrias, comunicaciones, transportes, minería, para extenderse después al comercio y la misma agricultura. El fenómeno es explicable: México estaba entonces mucho más necesitado que hoy de la ayuda externa; Porfirio Díaz desconfiaba mucho del espíritu de empresa de sus paisanos; en fin, ésa era la primera gran experiencia nacional con el capital extranjero.

También operaba una circunstancia peculiar: como herencia del liberalismo romántico, el extranjero se sentía aquí como en su propia casa, de modo que siempre hubo periódicos publicados por espa-

ñoles, franceses y norteamericanos, que opinaban libremente sobre los políticos y la política del país. Más todavía: las colonias extranjeras desfilaban de la Alameda al Palacio Nacional portando las banderas de sus países y pancartas alusivas a sus nacionalidades, para rogar a Porfirio Díaz que se reeligiera otra vez.

A LA inversa, no puede dudarse del tono nacionalista de la Revolución Mexicana, y, en consecuencia, de la profunda desconfianza con que vio todo lo extranjero. La experiencia de Carranza con Wilson, el tardío reconocimiento de Obregón, las reclamaciones por daños causados durante la fase violenta de la Revolución, el continuo forcejeo con las compañías petroleras y la final expropiación de sus bienes y concesiones, sublimaron ese nacionalismo hasta convertirlo en una xenofobia apenas disfrazada.

La Constitución de 17 sólo recogió la experiencia nacional del siglo XIX, de modo que le exigió a los negociantes extranjeros deseosos de operar en México considerarse como mexicanos para evitar así la tristemente célebre "reclamación diplomática". Por desgracia, las cosas han cambiado, pues hoy rara vez acude un gobierno a la reclamación diplomática para proteger los intereses de sus nacionales, entre otras cosas, por su probada ineficacia. La Constitución dispone que "por ningún motivo" podrán los extranjeros adquirir el dominio directo sobre aguas y tierras en una faja de cien kilómetros de las fronteras terrestres y de cincuenta en las playas. Esta otra salvaguarda, de las poquísimas que contiene la Constitución, ha sido burlada no solo a ciencia y paciencia de las autoridades, sino con su complicidad, como lo demuestran los casos flagrantes de Acapulco y Puerto Vallarta.

NUESTRAS autoridades descubrieron muy tarde que las empresas extranjeras se saltaban a la torera la barrera altísima de nuestros impuestos de importación creando pequeñas instalaciones que fabricaran aquí sus mismos productos, pero a precios más subidos. Nuestras autoridades también descubrieron tardíamente que el capital extranjero era necesario al progreso económico nacional. En cambio, descubrieron tempranísimo que bien podía confiarse al capital extranjero la corrección de una balanza de pagos deficitaria, hecho debido en parte a exigencias de nuestro desarrollo, y en otra a una incapacidad absoluta para aumentar nuestras exportaciones. Por eso lo consintieron y alentaron sin chistar.

ESTOS sucesos explican que nuestras autoridades comenzaran por declarar campanudamente que la inversión extranjera podía venir a México si se avenían a la legislación nacional. No debió espantar mucho al extranjero tal dicho, primero, porque su dinero, tecnología y experiencia, lo hacían naturalmente superior al empresario mexicano; segundo, porque no vieron en la famosa legislación mexicana un terrible impedimento a su libre desenvolvimiento. Esto sin contar con que, siguiendo los consejos de los abogados mexicanos que los pastoreaban por la selva nacional, siempre estuvo dispuesto a disparar un certero cañonazo de veinte mil pesillos que derribaría cualquier obstáculo imprevisto.

Cuando nuestras autoridades descubrieron la utilidad del capital extranjero como motor del progreso económico nacional y como correctivo de nuestra balanza de cuentas, discurrieron hacer otra declaración tronante: bienvenida la inversión extranjera si modes-

tamente se conforma con un papel complementario, renunciando --es de suponerse-- al papel de mandamás.

ASÍ, desde hace ya muchos años, todos nuestros presidentes, todos nuestros secretarios de Relaciones, todos nuestros secretarios de Industria, lo repiten: las inversiones extranjeras son bienvenidas en México si se ajustan a la legislación nacional y si tienen un carácter complementario.

Rara vez --o nunca-- una "política" tan garbosa habrá producido tan espléndidos resultados: todos los hoteles modernos, en manos de extranjeros; toda la industria automotriz, en manos de extranjeros; grandísima parte de las industrias eléctrica y electrónica, de artículos para el hogar, de productos farmacéuticos, de jabones y detergentes, de cigarrillos, de productos alimenticios, de publicidad, etc., etc., son de extranjeros.

PRÓXIMA a inaugurarse la carretera que los uniría con Monterrey, los ingenuos saltillenses vieron en el opulento turismo regiomontano la cura de su pobreza ancestral. Para acogerlo amorosamente, construyeron un hotel modesto, pero acogedor; un cine con aire acondicionado; tres o cuatro restaurantes bien puestos. Pronto descubrieron que los regiomontanos no pasaban la noche allí, pues por la tarde se regresaban a su gran Sultana; tampoco se metían al cine, y llegaban provistos de todo lo necesario para almorzar: sandwiches, tortas, refrescos, cerveza, palillos de dientes y hasta una que otra servilleta. Primero se cerró el cine, después el hotel y al mes los tres restaurantes. El dueño de uno de éstos, obstinado como buen norteco, no desesperó de sacar algún partido, de modo que colocó en la pared de su antiguo restaurante un gran

cartel que decía lastimeramente: "Se Calientan Tacos".

Al paso que vamos, ¿no llegará pronto el caso de cubrir todo el cielo patrio con ese letrero?

19 diciembre 69